

LA FURIA Y EL OCIO*

Ernesto Rodríguez Serra

Presentación

Son las 18.40 horas del jueves 23 de agosto del 2001, en la segunda planta de la vieja casona de la comuna de Providencia, sede del Centro de Estudios Públicos (CEP). Varios grupos de jóvenes estudiantes esperan el inicio de la exposición, charlando cordialmente, mientras beben tazas de café, vasos de Coca Cola, agua mineral y saborean algunas galletas. Permanecen expectantes, les atrae la postura crítica al sistema capitalista, que saben sostiene Tomás Moulian, el conferencista de esa noche.

A pocos metros de ellos, en su oficina, Ernesto Rodríguez, responsable del ciclo de conferencias, preocupado por la tardanza del expositor, presuroso marca un número telefónico. Del otro lado de la línea, responde una voz evidentemente enferma. Breve diálogo. Resultado: al conferencista invitado le es imposible concurrir. Un verdadero balde de agua fría. Porque

ERNESTO RODRÍGUEZ SERRA. Profesor de la Universidad Católica y de la Universidad Diego Portales. Coordinador de Extensión del Centro de Estudios Públicos.

* Transcripción de la improvisación de Ernesto Rodríguez Serra en el Centro de Estudios Públicos el 23 de agosto de 2001, en el marco del ciclo de conferencias "Capitalismo y Democracia", organizado por el CEP.

Presentación, epílogo y notas de Cristián Pérez. La edición de la conversación con los alumnos fue realizada por Cristián Pérez y M. Teresa Miranda.

el escenario ya está dispuesto, el vino, los sandwiches y el público también. ¿Qué hacer? ¿Suspender el encuentro? Ernesto Rodríguez, un asiduo asistente a la ópera, recuerda que si la cantante titular se enferma, la función no se detiene, simplemente actúa la suplente. Piensa que no queda otra alternativa, la conferencia debe realizarse, y es él quien debe improvisar.

Diecinueve horas y cinco minutos, Ernesto Rodríguez, decidido, sale de su oficina y camina hacia el salón, pasando cerca de los jóvenes que sentados aguardan. Igual que en una obra de teatro, sube el telón y aparece el actor principal. Se sienta. Mientras acomoda el micrófono contempla al público y con voz grave de conversador fantástico, anuncia que Tomás Moulian no puede concurrir por encontrarse enfermo, agregando que él está dispuesto a conversar improvisadamente con los presentes. Pero, ¿cuál será el tema central de la plática? La respuesta llega por una sugerencia de Arturo Fontaine*, quien propone que exponga lo que en la conferencia anterior** por motivos de tiempo, no alcanzó a comentar.

En las páginas siguientes se transcribe la exposición improvisada de Ernesto Rodríguez, así como los comentarios y preguntas de los estudiantes asistentes. A pie de página, se han colocado algunas notas explicativas para facilitar la comprensión del lector.

* * *

Buenas tardes. Estamos en una situación imprevista. Pero ya que estamos aquí quiero revisar con ustedes, a sugerencia de Arturo Fontaine, mi conferencia de la semana pasada, volviendo sobre unos puntos de ella que nos permitan reabrir la conversación anterior.

Decíamos que tanto el capitalismo como la democracia eran dos formas de estar en el mundo propias de nuestro tiempo y con las que, queramos o no queramos, tenemos que vivir y contar. ¿Cómo tomarlas? Habría, decíamos, cuatro actitudes fundamentales: nos sentimos felices, resignados, furiosos o irónicos.

Éstas pueden ser actitudes permanentes, temples básicos que caracterizan la vida en nuestros tiempos. Así, hay quienes se creen en el mejor de los mundos posibles, quienes terminan por resignarse, quienes viven furiosos y en abierto rechazo, y finalmente quienes comprenden, conversan y actúan en medio de sus circunstancias, guardando, sin embargo, una caute-

* Arturo Fontaine Talavera, director del Centro de Estudios Públicos (CEP), se encontraba en el salón, pues debía comentar la exposición de Tomás Moulian.

** La charla de Ernesto Rodríguez, titulada “Cómo vivir entre bienes y opiniones: ¿Felices, resignados, furiosos o irónicos?”, se había efectuado el jueves 16 de agosto del 2001.

losa distancia frente a las formas del poder y la opinión, sosteniendo para ellos mismos y con sus amigos una bondadosa o burlona ironía.

Cada uno de nosotros se ha sentido a veces feliz, resignado, furioso o irónico. Pero tiendo a pensar que si pensamos en nuestras maneras básicas de estar en el mundo, los felices y resignados podrían formar una gran familia, y los furiosos y los irónicos, la otra. Confieso que siento más propias estas últimas, sin perjuicio de que también esté feliz cuando todo parece ir bien y resignado cuando miro lo que ha sido mi vida y me doy cuenta de que hay en ella cosas que no pude cambiar y con las que tengo que salir adelante.

Quedemos esta tarde con la furia y la ironía. Los que no nos conformamos, a veces podemos superar la furia y vivir en la paz de una distante ironía. Pero ese descontento, furioso o irónico, me parece bueno si uno quiere llegar a tener una mirada propia sobre sí mismo y el mundo que le toca vivir.

Para vivir bien habría que ir contra la corriente, haciendo pie en ella, apoyándose en ella como el barquero que va remontando el río y que termina habituándose a vivir así, de tal modo que llega a parecerle lo más natural y todavía le queda tiempo para conversar con sus amigos que también van río arriba y con los que lo hicieron antes y con cuyos relatos convive, y hasta saludar con el mejor ánimo a los que pasan río abajo.

Remontar la corriente. *Estar* en la época y al mismo tiempo *no* aceptarla; una suerte de amor-odio con el tiempo que nos toca vivir. La vida tiene una dificultad inevitable; si no la resistimos, nos derrota. Y aquí entre nosotros y ante ustedes, que ya están en medio del río, sabemos que la furia nos da fuerzas para seguir viviendo.

Un hombre joven —hablo por los hombres, porque todavía no sé si las mujeres que suelen enfurecerse súbitamente pueden llegar a ser furiosas, metódicas, sostenidamente—, un hombre joven que tiene entre quince y veinte años es uno que durante todo ese tiempo vive furioso. No sabe del todo contra quién o por qué. En el intermedio de un concierto observo a un joven. Sus padres lo han invitado a oír una música que le gusta; sin embargo, está furioso de estar ahí, furioso contra todo y contra sí mismo; furioso de estar en el concierto y de que haya concierto. Esa furia reconcentrada es buena para la vida, sin ese enojo fundamental, sin ese furor que puede ser abierto o silencioso, no se puede vivir.

Hablando en términos personales, puedo decir que tuve pocas razones para estar enojado. Vivía en una provincia feliz, en el Valparaíso de los años 30 y 40, y asistía y estudiaba poco en un colegio bondadoso en que me reprendieron poco y en donde la religión se me mostró más como gracia que

como culpa, era el colegio de los Sagrados Corazones, los buenos Padres Franceses. Pero de alguna manera estaba descontento, y me di cuenta de lo descontento que estaba cuando conocí a Miguel de Unamuno. No sé si ustedes hoy en día leen a Unamuno, pero cuando leí el “Sentimiento Trágico de la Vida”, o cuando llama a rescatar el sepulcro de don Quijote, “custodiado por curas, duques y barberos”, o en ese ensayo “Contra esto y aquello”, sentí que había en mí una furia que no me ha abandonado nunca. Descubrí en Unamuno que yo tenía ese temple que me ha permitido sostenerme en la existencia hasta ahora. Recuerdo a un amigo que se murió hace poco tiempo, y que no era muy enojado; pero cuando uno le preguntaba “¿Cómo estás?”, respondía, “Bien, muchacho, todavía me enoja”.

Hay algunos grandes autores que son grandes enojados. La *Ilíada* comienza cuando Homero dice: “Canta ¡oh musa! la ira de Aquiles”. Dante era otro furioso; quizás el más grande furioso y además el más grande enamorado; don Quijote era otro gran furioso. Podríamos ir haciendo la lista de los furiosos. Creo que se vive desde la furia, desde el amor y el dolor: *furia, amor y dolor, es lo que nos permite ir hasta el final*, aunque al acercarse a ese final uno descubra como Fernando Pessoa que los problemas humanos no tienen solución; uno corta el nudo o se hace a un lado, en ese momento aparece la ironía.

Según Milan Kundera, con la primera novela moderna que es *El Quijote*, aparece la ironía. Cervantes hablaba por boca de don Quijote, y le hacía decir lo que él todavía no podía decir. La cultura moderna es inseparable de la ironía, porque el hombre moderno, que ya no puede creer como creía el hombre antiguo, tampoco se decide a dejar de creer en lo que ha creído. Yo soy un hombre que ha creído. Descubro, recién pasado mis setenta años, que no es posible dejar de creer, que uno no se deshace de las creencias como un trapo viejo, y sin embargo, creer, creer, me decía hace algún tiempo un gran amigo y filósofo, ¿Quién cree? Y sin embargo me parece que un joven no puede partir de la lectura de los deconstruccionistas en adelante, si antes no ha leído a Heidegger o Wittgenstein, que conocían muy bien una tradición de la cual uno no se puede salir impunemente. Esa valerosa mujer y pensadora que fue la Hanna Arendt decía que precisamente porque un joven es naturalmente revolucionario, merece una educación conservadora. Cuando digo conservadora no digo reaccionaria, sino que pienso en que hay que leer a los autores clásicos directamente; de ellos venimos, y toda nuestra posible cultura moderna no es sino la diferencia con los grandes autores de la tradición. Hace algún tiempo me encontré con un notable ensayo de C. S. Lewis, en que muestra cómo somos desde lo que fuimos. En ese terreno incierto vivimos; no hay borrón y cuenta nueva. El

genuino descontento, la furia y la ironía proceden de esa perplejidad. Eso es algo que quise decir en la reunión pasada.

También dije que al mismo tiempo debiéramos asumir la recuperación del ocio. En el mundo moderno, no está bien dedicarse al ocio pero da prestigio ser un hombre de negocios. Por detrás hay una decisión muy anterior a nosotros sobre cómo vive el hombre en la Tierra. Señalé en la reunión pasada que Marx fue uno de los que marcaron genialmente esa nueva manera de estar en la Tierra cuando dijo, a mediados del siglo XIX, que la filosofía ya no consistía más en comprender al mundo, sino en cambiarlo. El paso de la contemplación a la acción, lo ha cumplido y lo está cumpliendo el capitalismo, para bien y para mal. Quizás el hombre de negocios contemporáneo, que de alguna manera somos todos, se sorprenda si descubre que está cumpliendo las profecías de Marx o de Nietzsche. Pero ése no es hoy nuestro tema. Lo que quiero decir es que el ocio siempre reaparece porque es un instinto humano. El instinto que le permite conocer y luego actuar.

Distinguía primero dos formas de negocios, y luego decía que una de ellas abría el espacio del ocio. Primero estaría el negocio productivo, el tener que ganarse la vida. El que no trabaja que no coma. La entrada al mundo se paga, y en el mundo moderno se paga cara, porque el mundo moderno es un mundo de flujos, más que de entidades fijas. El mundo moderno es un flujo: flujos de dinero, flujos de información, flujos de capital. El que quiere estar fuera de esos flujos, restarse al mundo, paga un precio demasiado caro. De tal manera que hoy, más fuerte que nunca, hay que ganarse la vida. Eso está claro. Lo terrible es que generalmente nos conformamos con eso. Creo que la carencia que percibo frecuentemente en mis alumnos —y pienso particularmente en los ingenieros— es creer que si uno cumple todos los requisitos y se dedica a crear valor, está cumpliendo con el mundo. Pero creo que hay otro valor que agregarle al mundo, que es el valor de ir contra la corriente, de estar combatiendo, y eso yo lo llamaba la “esfera de los negocios públicos o políticos”. En el capitalismo, específicamente, creo que eso tendría que ver con un combate contra la tendencia a la desmesura y al abuso que son propias del capitalismo, sin destruirlo. Nosotros estamos bastante indefensos en eso. Creo que países como los Estados Unidos, que lo conocen más al capitalismo, han descubierto buenos métodos internos para combatir esto, e incluso han descubierto cómo crear caridad dentro del sistema. Me llama la atención, por ejemplo, que si un inmigrante se hace millonario en los Estados Unidos, frecuentemente hace una gran donación, y crea una universidad o un centro de música; pero no

lo dirige, sino que lo entrega a la comunidad. Así lo público y lo privado se encuentran. Creo que en Chile ese encuentro está todavía pendiente.

Creo que capitalismo y democracia, para que funcionen, tienen que estar realmente unidos. Debemos sentirnos no sólo miembros de una sociedad que aumenta el valor, sino que ciudadanos de una sociedad. Si ustedes han viajado a Estados Unidos o conocen un pueblo de cultura americana, van a saber que es muy importante ser *citizen of the States*. Eso nos falta a nosotros. *No somos ciudadanos de Chile*, tendemos a aprovecharnos de las oportunidades que el país nos da.

En medio del capitalismo y la democracia habría, entonces, formas públicas y políticas de remontar la corriente. El capitalismo complaciente y abandonado a sí mismo engendra la desmesura y la destrucción de todos los valores; todo está a la venta. La democracia complaciente permite la dictadura de lo políticamente correcto, que es el nombre que le damos a la falsa buena conciencia, a la beatería. Cuando todo vale lo mismo es cómodo sentir el airecillo vago de la cultura New Age y pensar que los clásicos son estrictos y aburridos. Mucho más fácil rendirse a la creencia de que hemos nacido en medio de la represión occidental lógica y fálica. Las complacencias del capitalismo y la democracia van juntas como el alcohol y la cocaína. También se puede pensar —y eso es frecuente entre nosotros— que lo políticamente correcto es “tener valores” y decir que uno es al mismo tiempo moderno y fiel a una tradición que pocas veces se conoce. Creo que la sociedad va incesantemente a generar formas de lo políticamente correcto. Contra eso habría que luchar.

Si asumiéramos esa esfera de los negocios públicos, podríamos tener un capitalismo y una democracia mejores. Me parece que capitalismo y democracia tienen una especie de virtud negativa porque comienzan por aceptar la fragilidad de la condición humana. Aceptar la existencia del egoísmo en un mundo desacralizado es un comienzo de lo que puede llegar a ser una virtud positiva. En el comienzo de la cultura cristiana San Pablo lo decía, aunque bajo otra luz: “no el bien que queremos, sino el mal que odiamos”.

Los primeros teóricos del liberalismo se atrevieron a ver cómo el egoísmo creaba riquezas, y pensaron que eso podía ser bueno para la sociedad. También la demagogia y la politiquería han contribuido a hacer más rico el espectro de las opiniones y en ese sentido también han creado riquezas. Pero, en medio de eso ¿cómo darle un sentido?... Pienso que por ahí habría una posibilidad de rescatar lo político. Me extraña, por ejemplo, que los estudiantes de arquitectura no hayan salido a la calle a reclamar con carteles contra los adefesios que se han hecho y se siguen haciendo. ¿Con

qué derecho un estudiante de arquitectura se queja contra la explotación de los especuladores financieros, si él se calla? Pienso que ésa es la otra zona de los negocios públicos. Estamos hablando entre aquellos que trabajan; creo que estamos de acuerdo en que el que no trabaja no tiene nada que decir. Pero tampoco tenemos nada que hablar por el que no se preocupa de los negocios públicos. Primero, los negocios como trabajo de subsistencia y creación de valor; después los negocios como preocupación por lo público. Sólo después se gana el derecho al ocio.

Mi antiguo amigo, muerto hace poco, Godofredo Iommi, un poeta, siempre decía en su modo de hablar argentino, “mira, hay que hacer un pacto con el mundo y reservarnos el veinte por ciento para nosotros mismos”. Siempre hay tiempo para leer. Que no haya tiempo para leer es una de las más grandes mentiras. La mayoría de los estudiantes no lee, y la otra lee. ¿Por qué no leen? Porque tienen prueba. Ustedes saben que eso es una mentira, con prueba se puede leer. Aquí no está un amigo que quiero mucho, está en España ahora, quien vino durante años a estas reuniones. Después de estudiar con brillo física e ingeniería, se empleó en una firma muy importante, Larraín-Vial, como consultor de finanzas, hasta que un día uno de sus jefes le dijo: “Usted es un hombre nuestro las veinticuatro horas del día; así hará una gran carrera”. Mi amigo respondió, “Yo trabajo con ustedes hasta las seis de la tarde”. Ése sería el veinte por ciento”. Al poco tiempo pidió vacaciones pagadas y se las dieron, después se reincorporó y ahora renunció y está dedicado a hacer lo que quiere. Esa posibilidad de ejercer libremente su tiempo, de contratarse libremente, es un patrimonio real del hombre moderno si ustedes se atreven a ejercerla.

Hay un lado positivo en la inestabilidad moderna. Antiguamente tú entrabas a Duncan Fox de junior y con suerte terminabas de gerente general. Posiblemente Duncan Fox no exista hoy, y los bancos antiguos tampoco existan. Ustedes llegan un día a su empleo y no hay trabajo, ¿cómo reaccionar frente a esa inestabilidad? Si tenemos medios, y los que estamos aquí los tenemos, por qué no restablecer fuertemente la figura de “cuánto quiero”, “yo me ocupo con usted: usted me paga tanto y yo le hago esto, pero, después de hacerlo yo decido qué es lo que hago después de las seis de la tarde”. Después de las seis de la tarde voy a misa, soy libre de ir a misa, nadie me puede decir que no vaya a misa. Si después de las siete de la tarde tengo un amigo *gay*, soy libre de ir con mi amigo *gay* a otra parte. ¿Por qué no hablamos así? Creo que ahí hay una manera muy fuerte de abrir un lugar en el mundo, pero eso requiere ocio. ¿Cómo puedo tener esas horas libres del día? Y entonces invierto la razón: como sólo en el ocio contemplamos la

aparición de lo eterno, ese veinte por ciento del día es central. Si yo soy rector de un colegio, a ese veinte por ciento del ocio que es practicar deportes, hacer teatro, leer a los poetas y oír música, lo coloco en el centro del colegio, no en la periferia como es ahora, que está en los ramos marginales o en las últimas páginas de la revista, convertido el *santo ocio* en mera entretenición.

Les decía la vez pasada que yo he experimentado, a lo largo de muchos años, que uno debe alimentarse de silencio, de música, de buena música, de literatura, de la gran literatura, de la gran música. Les digo, aunque hagan las mejores acciones públicas, aunque edifiquen muchas mediaguas, que es una cosa buena que se está haciendo en Chile, hay un momento en que la vida no se sostiene en la pura acción social a menos que se sea un santo; que es el caso del padre Hurtado, que iba más allá de la acción, porque convirtió la caridad y el amor de Dios al prójimo en el norte de toda su vida. Creo que la acción social tranquiliza la conciencia del estudiante, antes que su conciencia quede totalmente bloqueada por los buenos negocios que comienza hacer y por el aburrimiento sistemático al que esos negocios lo condenan.

Estoy totalmente convencido de que los hombres, y esto es una cosa que la aprendimos de Adam Smith, que la recoge valientemente Marx y el capitalismo la cumple, tenemos que crear valor. Pero además de eso, y aunque parezca romántico decirlo, *tenemos que crear mundo*. Crear valor es una parte de crear mundo, y quienes crean mundo son los artistas y los poetas.

Quiero decirles que con esa furia se puede vivir. Tengo setenta y un años, tengo la furia de antes, me emociono oyendo música igual que antes y todavía puedo enamorarme. Y ahora ¡No hay que morirse antes de tiempo!

* * *

Estas son algunas de las preguntas que permitieron la conversación después de la conferencia.

—*Pero ¿qué es lo que pasa en una sociedad altamente administrada como ésta, en que el ocio se ha convertido en un aparato, en que el ocio crea al mismo tiempo un instrumento de consumo?*

—Me parece una hermosa pregunta la tuya, hermosa porque me llega potentemente, pero yo quiero hacer la defensa del mundo real. La primera es un recuerdo que tengo de esta misma sala, cuando el año ochenta-

ta y tres, recién llegado Arturo Fontaine al CEP, me ofreció organizar un ciclo de conferencias que se llamaba, “El Lugar de las Palabras en la Ciudad”. Duró todo el año, y comenzó con cien personas y terminó con quince. Había un hombre notable, maravilloso, que vino hasta la última sesión, era Mario Góngora, quizás el historiador más notable que ha tenido Chile en los últimos cincuenta años. Cuando yo hice un elogio totalmente lírico del famoso discurso de Pericles, recopilado por Tucídides, sobre lo que era Atenas, Mario Góngora, que tenía la virtud maravillosa de enojarse fácilmente (frecuentemente me llamaba para decirme que no vendría más a estas reuniones porque un alumno idiota había hecho una pregunta idiota), me interrumpió: “Usted está totalmente equivocado: la sociedad de Atenas era lo más parecida a la sociedad norteamericana de hoy; era la sociedad más rica de su tiempo y constituía un real imperio”. La gran riqueza económica, no siempre, pero muchas veces, ha creado una gran riqueza cultural. Pero eso requiere que los ricos sean cultos o tengan aprecio por la cultura, y que los cultos comprendan que la riqueza les permite crear y criticar con libertad.

Mira el concierto de Zubin Metha*, que fue un concierto muy bueno. Pensemos que de las mil quinientas personas que invitó la embajada de Israel, el grupo de amigos de la embajada, muchos fueron porque habían oído hablar de Metha, muchos porque estaban felices de sentir que Israel era capaz de hacer una cosa así. Había algunos que fuimos porque sabíamos lo que era Metha, lo que es una gran orquesta de ciento diez músicos y lo que puede ser oír la Primera Sinfonía de Beethoven y la Quinta Sinfonía de Mahler. Hubo gente a la que le saltaban las lágrimas. Y cuando me vuelvo para atrás, porque fue un delirio el final de Metha, que puso al dios de la música ahí, de pronto veo a un hombre, cuyo nombre obviamente no doy, y que es un hombre que suelo criticar porque parece ser una encarnación del capitalismo, estaba de pie aplaudiendo como todos, transido de felicidad; ése es el poder del arte.

Hablando de música, una vez le preguntaron a ese gran director de orquesta, que fue Wilhem Fuchtwangler, que dirigió aproximadamente antes, durante y después de la Segunda Guerra Mundial: “Usted, maestro, da un concierto y eso es un acto público, está lleno de señores que se visten de la música, de señoras que les gusta ser vistas en la música; ¿por qué toca usted?” Y él respondió: “porque sé que siempre en la galería hay por lo menos alguna persona joven a quien la música le confirma que efectivamente tiene un alma”.

* Concierto que dio la Orquesta Filarmónica de Israel, bajo la dirección de Zubin Metha, en Santiago de Chile el 2001.

Si quieres separar el ocio del capitalismo, si quieres una sociedad absolutamente pura, vas a tener una sociedad plana, resignada, espiritualmente pobre. Ahora esto no nos excusa de seguir combatiendo para corregir los abusos.

—*Desde mi punto de vista, la lógica del capitalismo opera contra la administración del ocio hoy día. Entonces, me pregunto, ¿no sería mejor cambiar el capitalismo?*

—Sí; es una opción abierta, sólo que hasta ahora no ha resultado... En Chile vivimos una tragedia, porque quisimos tener una democracia sin capitalismo, y el resultado fue que tuvimos mucho capitalismo y por mucho tiempo nada o casi nada de democracia durante casi veinte años. Entonces, yo prefiero irme despacio... En este momento Fidel Castro, parece ser muy notable, quizás el último pastor de pueblo. Pero hay que temer siempre a los que ofrecen libertad, paz o protección. Ni Castro podría vivir sin el capitalismo que ataca.

Es el mundo que nos toca vivir. Podríamos decir que es un siglo horrible; pero desde la antigüedad que los autores vienen diciendo “siglo miserable”. Hay algo tremendo, hay una cosa bestial en el poder y el capitalismo tiene un mecanismo de poder gigantesco. Como tal, la desmesura del poder es siempre odiable, y sin embargo todo hombre libre tiene que enfrentarse a esa desmesura. Conozco “capitalistas malditos” que hacen notables obras de generosidad que nadie sospecha y algunos públicos enemigos del capitalismo que tienen almas mezquinas. ¿Quién tiene alma? Cuando se disuelve el alma, dice Robert Musil, su lugar lo ocupa la lógica y la moral. Lean a Musil, gran novelista burgués y crítico irónico de la falsa complacencia burguesa; pero nunca pensó que podría reemplazar el sistema. Más difícil, más delicado es cuidar el alma. De tal manera que no hay ninguna garantía.

—*Las aspiraciones determinan hasta dónde yo quiero llegar. Voy a producir hasta que quiera tener más ocio... En el fondo, creo que el equilibrio se logra a través de tener una democracia, a través de funciones propias del individuo que es educado.*

—Por eso hay que preocuparse de la educación. Ciertamente que una buena educación arregla muchas cosas; pero ni siquiera ahí hay una solución. Pensemos en la mejor universidad y en el mejor lugar del mundo, el mejor colegio del mundo. Pensemos, por ejemplo, en lo que ha sido Oxford. A muchos nos habría encantado estar en un lugar así; pero no nos olvidemos que también ahí, junto a la gran cultura, se produjo un grado de autocomplacencia y esnobismo gigantesco; muchas veces una misma persona puede ser genial e insoportable. Algo semejante tiene que haber ocu-

rrido en la idealizada Florencia; por algo Dante pone a la mitad de la población distinguida y a una buena parte del clero de su tiempo en el infierno.

Lo que puede hacer la educación, una buena educación, es llevarnos a la cercanía no sólo del ocio, sino de una decisión moral que nos corresponde a cada uno de nosotros. Recordábamos el otro día cómo el país más culto de Europa, el que produjo la gran música, produjo también la destrucción y el Holocausto. No; no hay ninguna garantía, ninguna.

Sólo una permanente vigilancia contra el pequeño demonio complaciente que hay en uno. Uno tiene dos demonios. Uno es el demonio autodestructor, el que se oculta, el demonio culposo, el demonio que dice ¡no debí hacerlo! o ¡no fui capaz!, o ¡qué malo soy! Y hay también el otro demonio, que muchas veces lo usamos como excusa para no atrevernos a vivir; es el que nos dice, ¡hay que llevar la cruz! Ése es un enano oscuro. Hay otro enano que a primera vista parece muy claro: es el de la autocomplacencia. ¡Qué felices somos!, ¡qué bueno habernos educado en buen colegio!, ¡qué bueno es ser hijo de estos padres!, ¡qué felicidad tener esta linda casa donde juegan nuestros hijos! Eso es lo que llama muy bien Kundera “la segunda mirada”, la mirada que nos nubla el horizonte y nos hace tomarnos en serio. San Felipe Neri, santo romano que tenía fama de ser un poco loco, tenía un lema prodigioso que encontré un día leyendo *El Viaje a Italia* de Goethe: No despreciar a nadie. Despreciarte a ti mismo. Y aquí viene la maravilla: Despreciar el despreciarte a ti mismo..., no tomarte en serio.

Creo que el humor y la ironía son las dos más grandes defensas contra la autocomplacencia. Uno puede llegar a complacerse al ver la grandeza humana en la tragedia; pero en la comedia experimentamos sin atenuantes nuestra ridícula contención, nuestra natural estupidez.

—*El colegio del que usted ha hablado**, que le daba importancia a la música, a la literatura, ¿por qué no puede existir?

—Hay que intentarlo. Fue un momento maravilloso para quienes participamos en él. Un día, cuando me di cuenta que el colegio se convertía en un colegio más, y se estaba perdiendo la alegría de su origen, se me ocurrió decir livianamente que podríamos, cuando iba a cumplir diez años, como

* Se refiere al colegio Patmos, fundado por Ernesto Rodríguez y algunos amigos, en la ciudad de Viña del Mar el año 1957. El nombre estuvo inspirado en el poema *Patmos* de Hölderlin, que es el nombre de una isla de Grecia, donde la tradición dice que San Juan escribió el Apocalipsis. El nombre del colegio sintetizaba las tradiciones griega y judío-cristiana, ejes de la cultura occidental. El ramo central era poética, la asignatura era sin nota y se trataba de escribir y leer poesía. También daban importancia a la lectura de los filósofos clásicos, los que muchas veces se leían en francés, y a la música. El colegio no sobrepasaba los 500 alumnos de primaria y secundaria.

manera de celebración cerrarlo. Mis socios, que eran y siguen siendo mis amigos, con toda razón me pidieron la renuncia. Me tuve que ir a la calle y con mi cuento a otro lado. Pero esa es otra historia que me ha vuelto a pasar; podría ser una forma particular de mi estupidez. Pero en ese tiempo estaba de verdad la poesía en el corazón del colegio, y el ramo de poética era el más importante. Hay una decisión, entonces, y esa decisión si es verdadera no es nunca políticamente correcta. Hay que atreverse a decir: en este colegio se lee a Dante y los clásicos, a Rulf y Neruda. De ese colegio salieron poetas, ingenieros, comerciantes, gente excepcional y gente corriente. Tampoco un buen colegio que se atreve es garantía de nada; pero hay que tomar esas decisiones, hay que atreverse a colocar el alma en el centro.

—*Ese colegio ¿se puede instalar hoy?*

—Yo creo que aquí en el CEP lo hemos querido hacer, no nos ha ido muy bien, pero si ustedes tienen auspiciadores, convertimos esto en un *college*, mañana mismo; y les aseguro que los recibiríamos leyendo a Homero y después estudiaríamos física y economía.

He convidado al colegio Grange, donde voy una vez a la semana, a la Delfina Guzmán*, que es una mujer fantástica, irreprimible. Una alumna le dijo que ella quiere estudiar teatro pero que en su casa se lo prohíben, porque temen que se convertiría en una drogada o una libertina. Delfina le contesta: “Mira, hija, si tus padres lo dicen es porque te quieren. Ahora, lo que ellos ignoran es que probablemente en cualquier parte hay drogados. Hasta en las instituciones más respetables, imagínate hasta en el Banco de Chile...” Provocó una sana carcajada general. Otro recuerdo. Cuando la escuela de economía de la Universidad Católica era más chica y estaba en Las Condes, arriba en el cerro Calán, leí un texto precioso de Nietzsche. A la salida se me acerca el que era mi mejor alumno y hasta hoy es uno de mis mejores amigos y me dice: “Creo que hoy cometiste un *foul*”. “¿Por qué?” “Porque es mi biografía; así va a ser mi vida, pero tú lo inventaste”. Afortunadamente yo andaba trayendo una edición de la *Gaya Ciencia* y se la mostré.

Les cuento lo que dice el texto, que es una maravilla. Dice: ¿Cuáles son los peligros a los que normalmente sucumbe la formación de un hombre libre? Y los enumera así: Primero, sus padres quieren que sea semejante a ellos; segundo, lo educan en una forma, en un tipo de placeres muy costosos, de tal manera que va a tener que dedicar una gran parte de sus energías a conseguirse los medios para disfrutar de esos placeres; tercero, lo educan

* Experimentada actriz de teatro chilena. Ha participado en numerosas obras y últimamente en teleseries.

en un sistema, en un mundo de placeres en el que no hay lugar para los placeres espirituales; cuarto, el instinto sexual lo hace casarse prematuramente, de tal manera que desde ese momento no vive más para sí mismo, sino para sus hijos; quinto, entretanto, sus talentos hacen que hombres de poder se acerquen a él y le propongan que trabaje para ellos. Y termina Nietzsche de esta manera: “Así el hombre pierde de vista los fines que tenía y se confunde en los medios”, y a continuación dice, a *contrario sensu*, de aquí podrían inferirse las máximas para la educación de un hombre libre. Ese texto es dinamita. En nuestro país, la posibilidad de ser distinto a los padres es todavía bastante remota. Chile es un país muy autoritario. Pero se puede; porque cuando nuestros padres descubren que hacemos lo que efectivamente queremos y somos felices, terminan por aceptarlo. Cuando se enojan es porque piensan que estamos perdiendo la vida, pero cuando ven que somos felices y podemos ganarnos la vida, están contentos y si se habían opuesto es porque nos querían.

Pero estamos hablando de Chile. Hemos perdido lo que antes se llamaba la “sobriedad chilena”. En eso las adherencias y los placeres del capitalismo y el mercado son muy peligrosos. “Nada más solvente de los valores que el mercado”, decía John Gray, escritor conservador inglés a quien citamos la semana pasada.

Se puede vivir con menos... Y en una casa en la que el padre oye a Gustav Mahler, es muy posible que el hijo también termine oyendo a Mahler. Se aprende por contacto. Un colegio puede hacer poco en eso.

Si uno vive lamentándose porque el sistema no lo deja a uno hacer, en ese momento uno se hace aliado del sistema. No hay tal sistema; hablar, lamentarse del sistema es una mentira barata que nos contamos a nosotros mismos. Mentira. “Que mi mamá...” Mentira. Nos encanta echarle la culpa al empedrado.

—*Creo que de cierta manera el capitalismo le ha hecho un gran favor al mundo, pero le ha hecho un pésimo favor al hombre. Porque este mundo se ha vuelto una casa muy cómoda, muy confortable, con camas espectaculares, con televisor, con todo, pero nos quedamos fascinados en esa casa...*

—Muy bueno lo que tú dices. Musil, de quien ya hemos hablado, dice que la sociedad moderna, tiene no sólo eficaces mecanismos de producción sino también autores que le dan salida a la mala conciencia. El mercado, la feria de variedades, sabemos que lo inunda todo. Hay mucha gente que se acerca al arte y así cree que se siente bien, completa. Pero dentro de la producción del arte aparecen cosas increíbles. Estoy pensando por ejemplo en Estados Unidos y en las primeras películas de Jarmuch.

¿Ustedes vieron “Deadman”? En la sociedad capitalista se pudo hacer esa película de la que no me puedo olvidar. Y los hermanos Cohen han hecho dos o tres películas muy buenas...

El enojo no puede llevarnos a la negación de todo. La cultura capitalista ha permitido que Nueva York sea un centro cultural de una vitalidad que aquí cuesta imaginarse.

—*Respecto del paralelo que usted hizo hace poco rato sobre Atenas y nuestra cultura. El ocio de los atenienses se basaba, todos sabemos eso, en la tenencia de esclavos. Entonces, ¿hasta qué punto este capitalismo que estamos viviendo, por ejemplo en Chile, no está haciendo lo mismo que hicieron los atenienses en su tiempo, fabricando el ocio desde la esclavitud de otro? Tal vez esto lo tendría que haber dicho el señor Moulán, me imagino.*

—Sí.

—*Pero no sé, rescatar el ocio me parece muy difícil dentro del capitalismo. Una segunda cuestión, me parece que muchas de las cosas que usted ha dicho también se topan con la pérdida de la capacidad de asombro. Y una tercera cuestión, sobre lo que decía Francisco de Asís: “yo deseo poco y lo poco que deseo lo deseo poco”. El deseo, entonces, como parte de la naturaleza humana que nos mueve a asombrarnos. ¿Podría partirse, desde ahí, construyéndose hacia arriba...?*

—Las tres preguntas tuyas son muy importantes, no se pueden contestar, yo podría intentar respuestas pero disimularían lo grave de tus preguntas. Por ejemplo, podría decirte que la conciencia de la esclavitud, del trabajo libre, se consigue mucho más atrás en la historia, y que sería injusto juzgar a los griegos por eso. También podría decirte que en la moderna sociedad capitalista, gracias a la televisión, el pobre tiene acceso al ocio y a la entretención, como no la tuvo antes. Sin embargo, la pregunta tuya sigue siendo lacerante, porque, aunque nos parezca que el capitalismo va a poder derrotar a la pobreza, será en un plazo bastante largo. Eso es una cosa que llevamos encima, y los dos consuelos que te digo ayudan poco. Lo de San Francisco lo conozco a través de una cita de Ortega y Gasset: “Para vivir necesito de poco, y de ese poco, muy poco”. No es lo mismo necesitar que desear, porque el deseo del hombre es infinito. Y es infinito y sólo se calma con lo infinito, o con anticipos de infinito, como son los momentos sublimes del amor y del arte. Al deseo hay que mantenerlo absolutamente. Mantenerlo y contenerlo. Creo que eso es lo que quiere decir posiblemente San Francisco, pero lo poco puede ser lo mejor posible, siempre un lujo. No se puede vivir sin ese lujo, y la pobreza de expectativas puede ser un lujo. Puedes comer muy bien con muy poco si sabes comprar el pan donde hay

que comprarlo y el jamón donde hay que comprarlo. Hay una contención y esa contención es un lujo. Algunos de ustedes recuerda lo que decía Herman Melville: “Al cuerpo, ostras y champagne, si tienes acceso a ello. Y al alma luz de paz”.

—Entiendo lo que usted está diciendo, pero hay un pasaje de la Biblia, donde Pablo va a Atenas a evangelizar. Los atenienses tenían muchos dioses y uno de esos dioses era el Dios desconocido, es decir, el Dios que estaban esperando. Y Pablo les dice, “miren, ese Dios que ustedes tienen ahí, que es el Dios desconocido, de ese Dios es el que yo les vengo a hablar, les traigo la respuesta que están buscando, el Dios que les falta”. Y ¿cuál es la actitud de los griegos en ese momento? Está escrita en la Biblia, le dicen, “sí, pero te vamos a oír en un rato más”.

Y lo dejan ahí.

Usted habló hace poco rato del toque divino que nos puede dar alguna respuesta, que nos puede dar cierta plenitud. Pero seguimos sin oír a los hombres que nos vienen a hablar acerca de la fe, y siempre se toma con la misma actitud de los griegos, “te vamos a oír en un rato más”.

—Lo que tú dices es muy hermoso y no cabe ningún comentario, sino que oírlo con mucho respeto, en silencio. Es así, no puedo decir nada acerca de lo que tú dices.

—Yo no sé si lamento haber venido porque he escuchado tantas cosas interesantes y me he acordado del cuento de un amigo, cuya tía vieja, en Valparaíso, tenía por costumbre ir a seis misas diariamente. Comenzaba a las cinco de la mañana con la primera misa y tenía un calendario muy preciso: entre la tercera y la cuarta se comía un plátano con leche condensada para tener energía en las otras tres misas... Ella lo tomaba como un trabajo y era feliz. Escuchándolos ahora tengo una tremenda confusión, porque en realidad no sé cuándo estoy trabajando. En ese límite entre trabajo y ocio estoy totalmente confundido. Cuando estoy escribiendo o cuando estoy leyendo, no sé qué es lo que estoy haciendo. Por lo que lamento haber venido, ya que ahora me voy a mí casa sin saber cuándo estoy trabajando o cuándo de ocio.

—Tu reflexión es la de una persona que ama lo que está haciendo, y se le confunde el trabajo con la vida. Hay una cosa preciosa que decía el pintor George Bracque: “Con la edad, la obra y la vida se hacen una cosa”. Cuando tú vives bien de verdad, con el tiempo la separación entre los días de ocio y los de fiesta desaparecen, porque trabajar es una fiesta. Por eso es posible que alguien trabaje tanto. Cuando Zubin Metha vino a Chile y pasó toda la mañana ensayando con los músicos de su orquesta el concierto de la tarde, y después ensayó con la Orquesta Juvenil de Chile. ¿Estaba traba-

jando o de fiesta? Ambas cosas, y todavía tiene tiempo para el amor y la vida social. Cuando realmente amas lo que haces, se te juntan las dos cosas. No hay “pega”, ¿has visto cosa más expresiva que nuestra palabra “pega”? La “pega” es lo que tenemos que hacer, pero que no es nuestra vida...

—*A lo mejor mi punto de vista es un poco pesimista y crítico con respecto a lo que hablábamos del ocio. Creo que el ocio está restringido a las clases sociales, y en esta sociedad de hoy, se refiere a ir al cine, a un restaurante, ir al teatro, y cosas que en sí requieren recursos, y siempre hay una parte de la población que no puede adquirir eso. Usted dijo que gracias al capitalismo los pobres o quienes no tienen acceso a otras cosas, tienen sin embargo la televisión como medio de ocio. Creo que no hay cosa más terrible que encerrarse, que la gente sea manipulada, porque la televisión manipula, y a quien no tiene cable, lo único que le queda es ver la televisión abierta...*

—La televisión, la televisión por cable... Es que hay una mezcla de democracia y capitalismo en todo. Piensa tú, piensa por ejemplo una cosa. ¿Y dónde estaríamos si no hubiera existido esta revolución en la vida, que han sido capitalismo y democracia? Pensemos en nuestros abuelos, bisabuelos, ¿se habrían imaginado que pudiéramos encontrarnos aquí, viniendo de la vida de ellos, tan acotada y limitada? Hay una liberación real, si pensamos, por ejemplo, que los campesinos trabajaban de sol a sol, y vemos que hoy casi todos tienen derecho a vacaciones y a acceso a bienes y opiniones. De acuerdo, es muy posible que estemos llenos de espejismos y por eso no hay que resignarse. Que nadie esté contento y nadie resignado. Furiosos, sí; irónicos, sí. Pero no nos olvidemos que cuando la furia amenaza con quitarnos la alegría, aparece la ironía, y cuando descubrimos que los problemas humanos no tienen solución y que inevitablemente en el amor y la felicidad hay siempre algo que se escapa, entonces callamos y sonreímos. Esa sería la ironía.

Ahora bajemos, sigamos conversando y tomemos una copa de vino.

Epílogo

A las 21:00 horas, la improvisación concluyó. Ernesto Rodríguez reafirmó sus dotes de conversador notable. Para los asistentes resultó misión imposible perderse alguna palabra de los argumentos vertidos. Lentamente fueron saliendo los jóvenes, quienes no se resignaban a entender que la charla, como todas las cosas buenas de la vida, también debía finalizar.

Poco a poco el murmullo de las voces se fue apagando y la sala fue quedando vacía. Un buen número de los asistentes bajó hasta el comedor del CEP, allí, en un ambiente más relajado, entre copas de vino tinto y sandwiches, siguió la conversación.

A las 22:00 en punto, los últimos asistentes, entre los que se encontraba Ernesto Rodríguez y un pequeño grupo de sus alumnos más cercanos, abandonaron el CEP para seguir la charla en otro lugar. El tema central era discutir sobre la furia y el ocio, la mejor forma de vivir en el mundo de hoy. El resultado de la conversación aún no lo conocemos. Sólo nos queda aguardar con sano entusiasmo el próximo ciclo: Te estamos esperando, Ernesto.